

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO VIII. — NÚM. 387

Madrid, 23 de Junio de 1927

PRECIO: 15 CÉNTS.

IMPRESIONES DE UN VIAJE POR SUIZA

EL PAÍS DE LOS ENSUEÑOS

NECESIDADES perentorias de la obra en que por amoroso designio de Dios trabajamos, nos llevaron, al comenzar la primavera, a la hermosa Suiza, donde hubimos de permanecer cinco semanas en interesante recorrido por Ginebra, Lausanne, Zurich y Neuchâtel, y son ciertamente muchos los motivos que tenemos para bendecir al Señor, que no sólo nos guardó y dirigió y prosperó nuestros pasos en bien de la iglesia que representábamos, sino que nos alegró con emociones intensas, agradabilísimas, cuyo recuerdo no será fácil borrar en mucho tiempo de la memoria.

Un viaje por Suiza, y en primavera, es algo tan lleno de encantos indefinibles, que resulta tarea poco menos que imposible la de querer reflejar en el breve espacio de un artículo tantas y tan profundas impresiones. Lo intentaremos, sin embargo, acudiendo a los amables requerimientos del querido amigo Director de nuestra Revista ESPAÑA EVANGÉLICA, y aun a trueque de no decir nada nuevo, ni mucho menos tan bueno como lo que han dicho cuantos han cantado al bello país helvético.

Ya desde que se traspone la frontera francesa y va el viajero aproximándose a Ginebra, se siente la emoción de lo típico y característico de la tierra suiza. Las montañas nevadas, los verdes prados, las casitas de campo con un estilo y gracia inconfundibles, nos hacen sentir algo muy distinto de lo que queda atrás, aunque en tierras de Francia no deje de

ser bello e interesante cuanto se ve.

La ciudad de Ginebra emociona fuertemente, ya por las evocaciones que despierta la parte vieja, con su soberbia Catedral de San Pedro, sus históricos palacios, el «Auditorio» y casa de Calvino y tantos otros monumentos y rincones in-

por el lago de Lecman. ¡Nunca olvidaré aquella tarde de encanto! ¡Qué hermoso espectáculo el del agua serena, surcada majestuosamente por el vaporcito elegante y de tonos claros, el de las cúspides de los montes cubiertas de nieve, reflejándose en el límpido espejo del lago; el de los

pueblecitos tan pintorescos de sus orillas; el de los risueños prados y jardines y bosques a un lado y otro, haciendo gozar al alma de delicias nunca igualadas!

La vista de la villa de Lausanne, desde el lago, es, en verdad, fantástica. Asentada la ciudad sobre las faldas de colinas escalonadas, a medida que nos vamos aproximando se van admi-

rando perspectivas de rico color. Edificios monumentales, iglesias con airoas torres, la hermosísima catedral gótica en una cumbre, preciosos chalets de todos los estilos y castillos, como el de *Ouay*, y todo el variado conjunto de edificios entre frondosos jardines y amenos parques, nos hace la impresión de una ciudad de ensueño.

Dentro de ella, y cuando día tras día pudimos conocer sus muchos encantos, tenemos que rendirnos por el entusiasmo y admiración más fervientes. No se puede pedir más a una ciudad de 70.000 habitantes. Las escuelas y establecimientos docentes de todo género, en edificios que son verdaderos palacios, con soberbia instalación y equipo completo en material de enseñanza, se cuentan por docenas.

Los servicios públicos tienen asimismo muchos y muy elegantes locales: el «Ho-



LA UNIVERSIDAD DE GINEBRA

terantisimos, que nos recuerdan aquellos tiempos de agitación y de luchas religiosas que alumbraron una nueva época de glorias imperecederas, ya por los grandiosos edificios y urbanización completa de la ciudad nueva, ya, en fin, por el encantador panorama que presenta el hermoso lago de tranquilas y azuladas aguas, con sus ingentes montañas al fondo, entre las que descuella el gigante Montblanc.

No es frecuente en Suiza gozar de días claros, pero he tenido la fortuna de que mi primer día en Ginebra fuese de sol radiante y cielo sin nubes, por lo que agradecí infinito a mi querido cicerone, reverendo Luis de Vargas (que, a pesar de sus años y de sus achaques, me ha acompañado en casi toda la excursión, con celo infatigable, que le agradeceré siempre), su feliz iniciativa de llevarme a Lausanne,

tel de Portes», El Palacio Federal de Justicia y otros varios edificios cantonales, son de notable arquitectura y presentación; igualmente muchos Bancos y hoteles y la magnífica Estación central, son dignos de una capital de primer orden; pero más que todo eso, con ser tan importante, lo es la limpieza y aseo de sus calles y paseos, el confort y bienestar de las casas, hasta las de modesta categoría y la organización de toda la vida ciudadana.

De Lausanne a Zurich, adonde hube de ir, el recorrido muy largo, dada la pequeña extensión del territorio suizo, es interesantísimo, por la variedad de paisajes y diverso tono de vida. Entre montañas, que nunca abandonan al viajero por Suiza, vienen dilatadas vegas de exuberante vegetación, y a cada paso pueblecitos y ciudades y casas aisladas de risueño aspecto, que hacen más agradable la perspectiva. La ciudad de Friburgo, con su magnífico puente colgante, que casi la atraviesa toda; la capital suiza, Berna, con sus viejos y modernos edificios, todos de mucho valor y vista. El balneario de Badun, con su hermosa decoración, y luego, por fin, la gran ciudad suiza Zurich, con su lago, con sus ríos, con sus fábricas, con su vida de inmenso tráfico y monumentales edificios, es algo que sorprende y asombra. Parece increíble que en tan pequeño trozo de tierra en que está encerrada esta nación, se puedan atesorar tantas riquezas de Naturaleza y arte como las que se ofrecen a la admiración de quien tiene la suerte de visitar este singular país.

A mi regreso a Lausanne hube de pasar por la simpática ciudad de Neuchâtel y sentirme admirado otra vez por aquella rica arquitectura de sus monumentos y casas, por la elegancia y hermosa restauración de la bonita iglesia colegial, con su hermoso castillo, donde están instaladas lujosamente todas las dependencias oficiales del cantón, y por un gran lago, el mayor de la Suiza, y por todas las demás bellezas que ostenta aquella región montañosa, tan célebre por su próspera industria relojera.

Y entre estas grandes ciudades suizas, algo vi también que me sorprendió sobre manera. Por ejemplo: el bonito pueblo de Montreaux, situado al final del lago Lemano y entre dos importantes montañas. Por su clima, tan sano, y por su singular posición, tan bello, es el pueblo preferido por los turistas y por los enfermos de todo el mundo, y así toda la hermosa ciudad y sus pintorescos alrededores, es-

tán llenos de magníficos hoteles de rico confort y con deliciosos jardines y recreos honestos de toda clase, para hacer más agradable la estancia de los que van allí en busca de salud y tranquilidad.

Breve fué el viaje por la hermosa y cristiana Suiza; pero de impresiones tan profundas y enseñanzas tan preciosas, que no podemos resistir al deseo de reflejar en un segundo artículo los comenta-

rios y pensamientos que surgían, sin querer, ante la contemplación de tanta belleza, combinada por la Naturaleza y el arte, y del estado de orden, paz y progreso material y espiritual que reina en aquel privilegiado país, que si no hay efecto sin causa proporcionada, alguna causa muy honda ha debido existir y actuar para producir tan maravillosos efectos.

A. ARENALES

ENVIADOS DE DIOS

Fué un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan.
Juan, I, 6.

EN las múltiples y variadas ocasiones en que Dios ha querido revelar su voluntad divina al hombre, se ha servido de algún medio o instrumento para hacerlo. Nunca, en el transcurso de los siglos, ha dejado de ser manifiesta la bondad infinita del que creó los cielos y la tierra, el aire y el mar y todo cuanto en ellos existe, hacia el hombre, el ser más perfecto de la creación, si que también el más desagradecido, sin llegar nunca a un estado de laxitud que pudiera confundir nuestra existencia ruín con un solo soplo del Todopoderoso. La parábola de «los labradores malvados» nos pone de manifiesto cuántas veces Dios muestra al hombre su bondad, en tanto que éste paga con excesivas ingratitudes, siendo víctima del ludibrio más excesivo sus enviados, y hasta su propio Hijo.

En los tiempos de la antigua dispensación se servía de algún ser celestial. Balaam fué vuelto de su camino porque un ángel se interpuso en su camino. Ángeles fueron los que llegaron a la tienda de Abraham para mostrar los altos designios de Dios a aquél. Ángeles fueron también los que condujeron a Lot fuera de Sodoma para escapar del castigo que la divina justicia había impuesto al pueblo desdenoso y desobediente.

Ángeles, los que aparecieron a Abraham en el crítico momento en que acababa, moralmente, de sacrificar a su hijo, y, en fin, el que apareció a la bienaventurada Virgen María en el momento de la anunciación del Verbo, como al nacer Éste los que aparecen a los pobres pastorcillos que velaban pastando sus ganados.

Otras veces se sirve de aquellos que le permanecen fieles creyendo sus promesas: patriarcas y profetas; éstos últimos más característicos aún de esta sublime profesión.

Más tarde, el mismo Hijo de Dios, encarnando en las entrañas de María Virgen, se hace hombre para ser la encarnación más perfecta del amor de Dios. «De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito...», nos dice la Sagrada Escritura (Juan, III, 16), siendo

una prueba irrevocable contra los que pretenden hacerse *redentores* de la Humanidad.

Hoy día esta función, noble e inclita tarea, únicamente conviene a los que nos llamamos cristianos, a los discípulos de Jesús, a aquellos abnegados servidores suyos, sabiendo que Él lo ha ordenado anteriormente: «Como mi Padre me envió, así os envío yo».

Es posible que tengamos un gran deseo de servirle, condición indispensable; pero esto no es suficiente. Nuestra pobre y torcida voluntad no es la misma que la de Dios.

Muchas veces queremos hacer de nuestro propio impulso obras que luego resultan ser contradictorias. Precisamos, antes de actuar, lo que llamaríamos *llamamiento divino*.

Isaías, en su capítulo VI, pronuncia aquellas sublimes palabras: «Heme aquí; envíame a mí». Cristo, después de su resurrección, dice a sus discípulos: «... Mas vosotros asentad en la ciudad de Jerusalem hasta que seáis investidos de potencia de lo alto». (Luc., XXIV, 49). No es, pues, nuestra voluntad la que ha de enviarnos; no «yo iré», sino esperar que Dios nos ordene: «Ve tú».

Se nos dice en la Escritura que Juan anduvo en el desierto por espacio de cierto tiempo como preparación de su ministerio. El apóstol San Pablo también anduvo en el desierto de Arabia, sin «conferir con carne ni sangre» (Gál., I, 16 y 17) y después fué a reunirse con los demás apóstoles para dedicarse a su trabajo ministerial. Juan no fué ningún prócer ingenio, ninguna inteligencia despejada que pudiera hacer por su pueblo la obra que hicieran Moisés o Samuel, ni jamás compuso algún salmo que sirviera a las generaciones postreras de modelo literario y de espíritu altamente cristiano; sin embargo, fué más que todos ellos. El mismo Jesús testimoniaba de él diciendo que «ninguno se levantó como él»; el secreto estaba en que «fué un hombre enviado».

«Hombre». No fué ningún ángel que pudiera evadirse del contacto interno con sus semejantes; no era perfecto, que no pudiera cometer los pecados a que están sujetos los demás hombres. Era hombre, sujeto a pasiones, como todos los demás;

SUMARIO

Impresiones de un viaje por Suiza: El país de los ensueños (A. Arenales). — Enviados de Dios (José García Navarro). — Dios-Padre (Juan Zamora). — La Iglesia Luterana en Rusia. — Homenaje al maestro Orejón. — Acción de Gracias (De Mora). — La Sociedad de Tratados y el campo misionero. — Jerusalén (J. Chicharro de León). — ¿Sensiblería o Humanidad? — Información Evangélica. — Bajo la influencia de Calvino, por Débora Alcock. — Esfuerzo Cristiano. — Escuela Dominical.

D I O S - P A D R E

las tentaciones también acudían a él, acosándole en sus diversos modos; y, sin embargo, Dios le elige para ser enviado.

Si consideramos la naturaleza material del hombre, pronto saltan aquellas características humanas a la vista. La flaqueza, cuando se quiere sobreponer ante aquellas cosas que no se deben hacer. San Pablo, comprendiendo perfectamente al hombre, decía: «Veo lo bueno y me agrada, pero hago lo malo». ¿Por qué? No sabríamos explicarlo. Es la tendencia de la carne a las cosas terrenas; «la carne busca lo que es la carne». ¡Ah, si nos pudiéramos desposeer de esta naturaleza pecaminosa, que nos trae tantos sufrimientos y agobios y aun la misma muerte! Para los grandes hombres es una cuestión de muy difícil resolución lo que llaman el «dominio de sí mismo». Buscan, inútilmente, hallarle su punto de apoyo, y, cansados de ello, con gran desaliento, reconocen su impotencia. Pero es que estos prohombres ignoran también que sólo Dios puede hacer que nos sobrepongamos aun a nosotros mismos: «Todo lo puedo en Cristo, que me fortalece». Cuántas veces, nosotros, los cristianos, hemos sentido temblar nuestros nervios ante la perspectiva de la pasión y de la tentación; cómo las hemos sentido tan cerca de nosotros, que nos ha parecido un imposible desarraigarnos de ellas, y cómo Dios nos ha infundido en nuestras almas aquel valor invisible que nos ha hecho fuertes.

Juan era «hombre»; no era niño. Si bien es cierto que estaba cubierto con el cenital pecaminoso que a los hombres nos cubre, no por eso deja de ser «hombre» en el sentido de ser arrojado, valiente, esforzado. Mirémosle ante Herodes, todo un rey, y que se halla preso, no porque cometiese ningún delito que pudiera degradar su noble persona: por «dar testimonio de la luz», por no avergonzarse de decirle al monarca sus propios pecados. Es posible que nosotros no nos atreviésemos a hacer cosa semejante; pero a él no le importa el concepto que puedan formar de sí, ni aun, si es preciso, perder la vida. ¡Qué ejemplo más hermoso para aquellos que han sentido la vocación del Evangelio y pueden cumplir el mandamiento de predicar a toda criatura!

Seamos hombres, sin avergonzarnos los improperios que el enemigo pueda lanzarnos, pues sabemos que nuestro ministerio no nos es dado por un cualquiera, sino por el Rey de los reyes y Señor de señores, y aunque sepamos que no somos nada ni nada valemos, Dios se quiere servir de nosotros para dar testimonio de la luz.

Sintamos estas mismas disposiciones que los que nos precedieron, y pronto veremos, siendo abnegados en el servicio divino, que el reino de Dios se acerca entre nosotros y lo que tanto deseamos los que le amamos: que nuestra Patria se postre a los pies del Salvador divino.

JOSÉ GARCÍA NAVARRO.

El padre no puede odiar al hijo: Dios no puede odiar al hombre, ha dicho un célebre escritor contemporáneo. Este hermoso concepto de la Divinidad brotó blandamente de los divinos labios de Cristo, y las almas buenas y magnánimas lo han repetido sin miedo doquiera con el aplomo de quien dice la verdad. Esos espíritus valientes tienen bien presentes las palabras del Apóstol Pablo, escribiendo a los Efesios, c. VI, v. 14 y siguientes: *Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos de verdad y vestidos de la cota de justicia. Y calzados los pies con el apresto del evangelio de paz. Sobre todo, tomando el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno. Y tomad el yelmo de salud y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios*. La teología antigua fué hija de la filosofía, y cada pueblo tuvo el concepto de la divinidad que mejor vino en talle a sus filósofos. El Egipto llegó hasta a adorar a los ajos y a las cebollas, según dijo el poeta *¡Dichosas gentes a quienes nacen dioses hasta en sus huertos!*

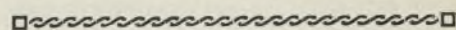
La inmoralidad griega fué santificada por la inmoralidad de sus divinidades. El crimen se encontró respaldado por la voluntad de los dioses, y así de lo demás. ¡Triste, misérrima condición la de los tiempos que caen allende la Cruz! Dios, hasta la venida de Cristo, ha sido todo, menos lo que es y lo que debía de ser para el débil mortal. Un Dios-juez, vengador inmisericorde de las humanas miserias, sin entrañas de piadosa compasión para sus criaturas. El trueno y el rayo eran sus atributos, su voz la del ciclón; amenazas, castigos y más castigos; y así, terrible, airado, Dios vino a ser para la Humanidad lo que el coco para los niños; algo fatídico y aplastador, cuyo sólo nombre aterra y subleva; algo fatal y trágico, que espeluzna y da vértigos. No es mi intento hacer historia, ni creo que haga falta, para demostrar verdad tan palmaria y evidente.

La filosofía, tanto antigua como moderna, no ha presentado todavía un Jesús como el del Evangelio, que nos habla de Dios llamándole *Padre*. Sus concepciones nebulosas no pueden compararse a la luz divina y diáfana derramada por Cristo. Ni Platón con su plan religioso, ni cualquier otro filósofo, por grande que haya sido, al hablar de la divinidad, nos han dejado un *Dios-Padre*, un *Dios-Padre* al cual pedimos que venga su reino, que sea hecha su divina voluntad lo mismo en el cielo como en la tierra, y que nos dé el pan de cada día; agregando que nos perdone nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben, y que no nos meta en la tentación, sino que, por el contrario, nos libre del mal; ese *Dios-Padre*, tan bueno y misericordioso, es herencia de

Cristo y herencia nuestra al mismo tiempo, y no la debemos a ningún preclaro entendimiento, llámese Aristóteles, Platón, Sócrates, o cualquier otro célebre pensador de cualquier edad o nación, antigua o moderna; ese concepto de la divinidad se lo debemos a Jesús, y nadie puede afirmar históricamente lo contrario.

La suerte de la Humanidad ha sido, según se ve, muy variada, ya que las prácticas religiosas han sido siempre eco fiel de los pensamientos sucesivamente variados de los fundadores religiosos. ¡Y qué diferencia tan extraordinaria entre las doctrinas materialistas, panteístas, politeístas, etc., etc., que nos ofrecen los sabios al mostrarnos la Divinidad y la enseñanza de Cristo! El mundo ha estado en tinieblas hasta la aparición de nuestro Redentor, Sol de la Humanidad. Hoy, por dicha nuestra, estamos en la plenitud de la luz, y sabemos que Dios es nuestro Padre. ¡Ojalá que este hermoso concepto evangélico esté perpetuamente en nuestra memoria para consuelo de nuestras almas! El verdadero cristiano sabe cuánta verdad hay en llamar a Dios Padre, y su espiritual alegría es la prueba inequívoca de su filiación divina. ¡Ojalá, repito, sea este pensamiento el que informe nuestro ser y gobierne nuestra existencia!

JUAN ZAMORA.



La Iglesia Luterana en Rusia.

Antes de la guerra se estimaba en tres millones y medio el número de luteranos en el Imperio ruso, no contando Finlandia y Polonia. 1.150.000 eran de origen alemán y 2.350.000 pertenecían a los grupos letones, finlandeses y estonios. Después de la guerra, importantes regiones de la Rusia zarista fueron separadas: Besarabia, una parte de la Volinia, las provincias bálticas. Por esta razón, y por la miseria de los años últimos, la cifra se ha reducido a 900.000. Más de la mitad son de origen alemán; el resto, unos 350.000, pertenecen a los otros grupos. Las circunscripciones más importantes son las de los finlandeses, con 150.000; los estonios, con 120.000, y las dos circunscripciones del Volga, con 140.000 y 102.000 miembros. La mayoría de los luteranos de lengua alemana son labradores que han constituido colonias agrícolas en Rusia y Siberia.

Pero las condiciones económicas de los últimos años han empobrecido a todas las comunidades; muchas están reducidas a la miseria, otras han conocido todos los horrores del hambre. Las del campo van rehaciéndose poco a poco; la situación en las poblaciones es cada vez más penosa.

HOMENAJE AL MAESTRO OREJÓN

UNA fiesta simpática en extremo fué la que organizó la Juventud Evangélica de la Iglesia del Salvador (Noviciado), y se celebró recientemente, en honor de su maestro de música y organista, D. Felipe Orejón. Y un acto de justicia también. Nuestras modestas congregaciones evangélicas no pueden contar con los servicios musicales de personas tan expertas como el Sr. Orejón sino cuando éstas generosamente se ofrecen a prestarlos. No hay modo de remunerar adecuadamente tales servicios. Es una «suerte» que una Iglesia Evangélica los tenga. Hemos dicho mal: es un «don» de Dios mediante la buena voluntad de quien así quiere servirle. Y ante esto es justísimo que, alguna vez siquiera, se haga un alto en la labor corriente para decir a quien así ayuda: «Gracias».

Pero en el caso del maestro Orejón hay algo más que sus generosos servicios a la Iglesia a que pertenece, aunque éstos sean cada vez más intensos y mejor apreciados. Está su labor de compositor musical religioso, una labor ya abundante y meritoria, que ha beneficiado a toda la obra evangélica. La Juventud de Noviciado merece la gratitud del público evangélico español por haber expresado con su homenaje lo que éste quería expresar al ilustre profesor, pero que no lograba hacerlo por falta de órgano adecuado. Por esto ESPAÑA EVANGÉLICA ve en el homenaje algo más que una fiesta de una congregación: el eco de una admiración que se va extendiendo entre todas las Iglesias.

Entramos en el salón y lo vimos adornado con plantas y flores y cubiertas con albos manteles las mesas donde íbamos a ser agasajados por la juventud de la Iglesia. La concurrencia era numerosa, predominando el elemento joven de varias iglesias de Madrid. Ocuparon la mesa presidencial, con el maestro Orejón, el Rdo. Enrique Lindegaard, el Rdo. Juan Fliedner, la Srta. Olimpia Blanco, presidenta de la Juventud; D. Alejandro Campo, presidente de la Unión Cristiana de jóvenes; la señora de Orejón, y otras damas. El ambiente era de gozo y satisfacción. En medio de una animadísima charla fué saboreado el rico café y las variadas golosinas.

La Juventud había comisionado al joven «seminarista» D. Samuel Lavega para que ofreciera el homenaje. Y lo hizo en términos elocuentes y entusiastas. Había en sus palabras el orgullo del soldado de fila que tiene un buen jefe; por su boca hablaban las huestes musicales de Noviciado, contentas de estar bien dirigidas, y animando a su conductor a más atrevidas empresas. «Ofrecemos un homenaje — dijo — que queda muy por bajo de los méritos del maestro Orejón. Pero así como el oro se pesa con el tosco hierro, así

nuestro homenaje está en uno de los platillos de la balanza para corresponder como pueda a apreciar los méritos del señor Orejón, que están en el otro.» Acabó aludiendo a un incidente histórico, y diciendo: «Empuñe, empuñe usted, señor Orejón, el cetro de la música de nuestra Iglesia, que dispuestos estamos a obedecerle.» Fué muy aplaudido.

Don Alejandro Campo, presidente de la Unión Cristiana de Jóvenes, leyó unas bien escritas cuartillas, asociando a esta entidad al merecido homenaje. Expresó

ACCIÓN DE GRACIAS

*¡Oh Tú, cuya bondad llena mi copa
de tanta bendición con mano larga!
gracias por cada gota te prodigo:
por la dulce y por la amarga.*

*Gracias a Ti, por la desierta senda,
por la orilla del río reposado,
por cuanto tu bondad pone a mi alcance,
por lo que me has negado.*

*Gracias por la sonrisa y por el ceño,
por ganancia y por pérdida igualmente;
por la futura celestial corona,
y por la cruz presente.*

*Por el ala amorosa te bendigo,
que a mi nido agitó, nido terreno;
por la que me arrojó, tormenta oscura,
trémulo hacia tu seno.*

DE MORA

De la serie que obtuvo el segundo premio en nuestro Concurso de selecciones de poesías religiosas.

la admiración que le produjo la labor musical del maestro Orejón en villancicos, himnos, canciones y Salmos, aludiendo especialmente al himno «Creador Soberano del mundo», compuesto para la dedicación del templo del Salvador. Lamentóse de lo perezosos que somos los evangélicos para proclamar los méritos de aquellos hermanos nuestros cuya actividad es una honra de nuestro campo, y terminó deseando nuevos éxitos al compositor evangélico. Los abundantes rasgos de *humor* en este discurso y todo él fueron premiados con calurosos aplausos.

Habló a continuación el Rdo. Enrique Lindegaard, haciendo constar que no se pretendía con el homenaje acrecentar la fama musical del Sr. Orejón, bien reconocida en el mundo profesional, sino expresar la gratitud por su actitud diligente y entusiasta en cuanto a la música de la Iglesia y a la música evangélica en general. Elogió especialmente la música recientemente compuesta para el Salmo 24, y dió importancia al hecho de que el

maestro Orejón componía sus melodías evangélicas, no para ganar laureles, sino para hacer un servicio a la causa. En medio de la ovación que el discurso produjo, se oyeron entusiastas vivas al homenajeado.

En nombre de la Juventud, su presidenta, Srta. Olimpia Blanco, ofreció al maestro Orejón un objeto de arte: la figura en bronce de un niño con un papel de música en la mano.

El Sr. Orejón hizo un breve, pero feliz discurso de gracias. Con simpática modestia prefirió ver en el acto el aspecto de compañerismo y aun gratitud que el de homenaje. Eso sí; lo que había hecho fué siempre hecho con buena voluntad y para cumplir con su deber hacia Dios y sus hermanos. Refirióse a sus primeros años en Madrid y cómo resolvió no abandonar el servicio musical de la Iglesia, aunque otras tareas exigieran la mayor parte de su tiempo.

«Dios me ha bendecido, y creo que ha sido por haberme acordado siempre de que era hijo de un pastor evangélico y debía ayudar como pudiera a la obra.» Se manifestó contento de que no una iglesia, sino muchas por toda España, habían aprovechado unas u otras de sus composiciones. Son numerosísimas las copias que se han hecho y él mismo ha facilitado, tanto que de alguna composición no le queda ni el ejemplar original. Lo que había compuesto era para todos sus hermanos, sin distinción de nombres ni de ramas. Terminó ofreciéndose de nuevo al elemento juvenil de la Iglesia para ir adelante en el cultivo de la música sacra y su mejor ejecución. «Por mí no ha de quedar», dijo, en medio de una ovación ensordecedora.

A continuación se cantó ¡Alerta, centinela! y el Salmo 24 con música del señor Orejón, y la Srta. Del Corte con su hermano D. Alfredo representaron primorosamente un bello diálogo de los Quinteros.

En suma, una bella fiesta en honor de nuestro compositor evangélico. Quizá, aun después de este acto de justicia, no nos damos entera cuenta de que el señor Orejón ha hecho entre nosotros una labor nueva y necesaria: españolizar nuestra música evangélica.

Estamos contentos de tener a nuestra disposición bellas músicas alemanas o inglesas, y nunca abandonaremos algunas de estas melodías; pero queremos también hacer música *nuestra*, que exprese nuestro espíritu español y sea evangélica en carácter. El maestro Orejón está siendo en esto el precursor afortunado. Algunos de sus tonos le hubieran hecho famoso fuera de aquí. Pero además, su ejemplo y su labor ayudará a los que vengan a formar una tradición musical evangélica española.

Al felicitarle de todo corazón, le animamos a proseguir y a mantener vivos los entusiasmos juveniles que al presente rodean su destacada personalidad.

La Sociedad de Tratados y el campo misionero.

«Una de las grandes influencias que obran para la salud del mundo es la difusión de buena literatura en todos los países». Estas palabras fueron pronunciadas por sir George King, en el almuerzo misionero de la Sociedad de Tratados que presidía. La Sociedad de Tratados celebra todos los años, además de su gran reunión anual, otra reunión de carácter más familiar, que, por dedicarse a la obra en el campo misionero, y por celebrarse con un almuerzo, se llama «el almuerzo misionero».

El Rdo. F. L. Bedwell, nuevo superintendente de la Sociedad, habló de algunas de las últimas publicaciones destinadas al África: una *Vida de Cristo* en árabe, para Egipto; cartillas en las lenguas bangala y zande para el Sudán; tratados ilustrados para Uganda, donde se celebra este año el jubileo de la Misión; otro librito para los pigmeos del Congo.

Un misionero de la India trazó el cuadro de varios muchachos parias, reunidos en una «abaña», aprendiendo a leer en libros publicados por la Sociedad de Tratados y cantando con himnarios de la misma.

Muchos africanos, dijo una misionera, Mrs. Owe (hija, por cierto, de la autora de «Cristóbal su organillo»), llegaban a conocer el Evangelio, no por la palabra de los predicadores, en primer lugar, sino por medio de los libros.

En China, durante el año pasado, a pesar de la guerra civil y de las correrías de bandidos, la circulación de literatura evangélica alcanzó la cifra más alta hasta ahora: seis millones de tratados y folletos.

Un misionero del Congo belga relató cómo tuvo el privilegio de dar la bienvenida al príncipe Leopoldo en una visita hecha por éste a la colonia, y cómo el príncipe, en nombre de los reyes de Bélgica, expresó el alto aprecio en que los soberanos tenían la obra hecha por los misioneros para la elevación e instrucción de los pueblos africanos.

Debemos congratularnos de que la obra en España tuvo también su representación en aquella reunión, llevando su voz el Rdo. Arturo J. Moore, hijo del difunto Dr. Moore, que dirigió por algunos años el Seminario Teológico, entonces en el Puerto de Santa María, y él mismo obreiro evangélico por algún tiempo en España y en el Norte de África. El Sr. Moore conoce bien nuestro país, en el cual nació y se crió, y pudo hablar por experiencia de la necesidad que en España hay de literatura evangélica.

Este número ha sido revisado por la censura.

JERUSALEM

*Jerusalem divina,
Jerusalem la Santa,
que matas los profetas
y a Dios jamás ensalzas.
Tus iras ten injustas,
ten tus iras, ingrata,
no enciendas los furores
del Dios que tanto te ama;
Jerusalem hermosa,
ciudad santificada,
rodeada de colinas,
vestida de esmeralda;
Jerusalem divina,
Jerusalem la Santa,
morada de los reyes,
de todos suspirada;
ciudad de augustos templos,
morada do cantaba
David sus dulces salmos,
que el viento perfumaban.
Ciudad de las ciudades,
Jerusalem amada,
que matas los profetas
y a Dios jamás ensalzas.
No ofrezcas más perfumes
ni víctima inmolada
a Dios, que triste llora
por ti, Sión amada;
no ofrezcas sacrificios
a Dios en tus moradas,
que sacrificios viles
jamás a Dios agradan.*

*Jerusalem divina,
Jerusalem la Santa,
que matas los profetas
y a Dios jamás ensalzas.*

*De muchos enemigos
te viste rodeada,
y el Dios del alto cielo,
mirándote penada,
a gran piedad movióse,
y fuiste libertada
de manos de los hombres
que mal te deseaban;
Jerusalem divina,
corona de esmeralda,
señora de los pueblos
temida y venerada.
Refrena tus furores,
y vuelve a Dios, amada,
tu vista, arrepentida
de culpas ya pasadas;
ensalza al Dios del cielo,
alegre en tus moradas,
con canto de alegría
y con veraz palabra,
no sea que por tus culpas,
Jerusalem amada,
perezcas cual Sodoma
o cual Gomorra airada.*

*Jerusalem divina,
Jerusalem la Santa,
que matas los profetas
y a Dios jamás ensalzas.*

J. CHICHARRO DE LEÓN

¿Sensiblería, o humanidad?

Un amigo me envía desde una ciudad de Escocia un periódico de la localidad, que, en una sola página, relata cuatro casos de personas sentenciadas a cárcel y multadas por el juez, después de un juicio formal, por delitos de crueldad y negligencia.

Uno es un padre que tiene a su hijo abandonado; el muchacho «está sucio y hace lo que se le antoja». Hace un año se amonestó al padre. No ha habido mejora, y se le ha condenado a dos meses de prisión.

Dos hacendados han sido multados por hacer trabajar a sus caballos en los campos cuando no estaban en condiciones adecuadas; tenían desolladuras en las paletillas. En un caso se multó al hacendado como mayor responsable, y a los gañanes, aunque en menos grado.

El último caso es más curioso. Un hombre fué multado por crueldad hacia una gallina: le había puesto un anillo en un muslo, y al crecer el pobre animal, el anillo se le enterró en la carne. Diez chelines de multa o diez días de cárcel.

Para muchos compatriotas nuestros, tales sentencias indicarían meramente una excesiva sensiblería por parte del pueblo británico; porque es el sentimiento general, más bien que la legislación, lo que da lugar a tales sentencias. «Los animales no tienen derechos», hemos oído decir a un sacerdote católico-romano, que trataba de disculpar la barbarie de las corridas de toros. Pero es evidente que la cultura espiritual de un pueblo, la finura de su educación moral, puede apreciarse, en gran parte, por su actitud hacia los débiles y las criaturas inferiores.

El verdadero progreso moral se mide, no por una mayor indulgencia hacia el delito, sino por una comprensión más completa de la responsabilidad de todo hombre respecto de los seres, humanos o irracionales, que han sido puestos bajo su cuidado.

LECTOR.

Un pedazo de madera flota porque es más liviano que el mismo volumen de agua. Si tuvieseis un trozo de madera que llenase completamente un vaso, y llenáis otro vaso de igual tamaño con agua, hallaríais que el vaso que contiene agua pesa más que el otro. Otra manera de explicarlo es ésta: se dice que el agua es más densa que la madera. La ley de la gravitación atrae siempre lo más denso hacia abajo, y como la madera es menos densa que el agua, permanece encima de ésta. Si se pudiese expulsar el aire de un pedazo de leña, y entonces se le pusiese en el agua, se hundiría.

INFORMACIÓN EVANGÉLICA



El Dr. «Aguirre de Zabala» con la juventud evangélica del Puerto de Santa María.

U. C. de Jóvenes
de Puerto de Santa María.

Sinceros plácemes se merece esta entidad evangélica por la velada celebrada los días 10 y 11 de los corrientes, ajustada al siguiente programa;

1.º Conferencia del Dr. Aguirre de Zabala.

2.º «La muerte del César.»

3.º «Aquí *hase farta* un hombre.»

El título de ambos sainetes sirvió al conferenciante de tema de su discurso, sintetizado en este pensamiento: Muerte de todas las tiranías simbolizadas en el César; el hombre que hace falta aquí en España y en todo el orbe es Jesucristo, que conquistó con sus doctrinas de redención nuestra libertad.

Una salva de aplausos cerró la conferencia, a la que siguió la representación escénica interpretada a maravilla por niños y jóvenes de ambos sexos de la Unión.

No sería fácil ni justo hacer distinciones, pues todos desempeñaron su papel en una bendita competencia, exenta de emulaciones, poniendo a contribución sus talentos naturales y su gracejo andaluz, que hacia a los circunstantes desternillarse de risa.

Los aplausos interrumpieron más de una vez a los inspirados actores, visiblemente alentados con las muestras de simpatía que les prodigó el público que abarrotaba el amplio patio, escalera, entrada y bajos pisos de la casa-misión.

Hubo necesidad de que el señor de Vargas (D. Francisco), maestro del colegio y principal organizador de la fiesta, nos prometiera la repetición de la misma para el día siguiente, que tuvo lugar con una nueva conferencia del Sr. Aguirre

sobre el teatro, y más primorosa, si cabe, de la «compañía» y estruendosa ovación final que premió el trabajo común. — *Corresponsal.*



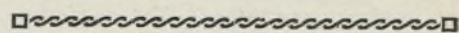
De Jerez de la Frontera.

La visita del Dr. Aguirre de Zabala a esta ciudad ha sido para nuestra iglesia un motivo de verdadero gozo y provecho espiritual. Durante cuatro días consecutivos, a partir del Domingo 5 de Junio, se han celebrado reuniones con una asistencia media de 140 personas, que escuchaban con verdadero interés y delectación la elocuente y edificante palabra de nuestro ilustre visitante. Nuestro querido hermano dió a sus conferencias carácter apologetico y a veces de controversia, ajustándose a la calidad de sus oyentes.

Los derechos de Cristo sobre la conciencia humana y en la Humanidad fué el pensamiento culminante de sus disertaciones. Siendo Cristo la verdad objetiva, tiene el derecho con las garantías de infalibilidad, de imponerse al entendimiento del hombre; por ser el camino señalado y dispuesto por el Padre, tiene el derecho de imponerse a la voluntad humana, y siendo la vida que ha derrotado a la muerte, nos ha hecho salvos a todos. Hizo ver a continuación, en párrafos realmente inspirados, que impresionaron profundamente a la concurrencia, que Cristo se ha encarnado moralmente en la Humanidad, no precisamente con aquella justicia original en que fué creada, sino con todas sus miserias morales y físicas, hasta haciéndose pecado sin pecar, por atraer a la Humanidad a sí mismo, logrando perpetuarse en ella, a pesar de sus enemigos. Las consecuencias del desconocimiento de estos derechos fueron

claramente expuestas. El castigo más grande — dijo —, por lo menos para las sociedades cristianas, son las revoluciones sangrientas, las guerras, la desesperación y la más espantosa relajación de costumbres. Cristo, el genuino de los Evangelios, no el de Roma, es el ideal que perseguimos los cristianos evangélicos, que no somos lo que propalan nuestros implacables adversarios.

En la última conferencia puso de relieve la importancia de la oración, mediante la cual se acoge el creyente a la roca de los siglos. Por último, tuvimos nuevamente el placer de escuchar a nuestro querido hermano en el culto del Domingo 12, en que nos predicó un edificante sermón sobre el amor de Dios. El doctor Aguirre de Zabala ha dejado un gratísimo recuerdo entre los evangélicos de Jerez. — E. A.



Para los evangélicos de Villaescausa, perjudicados por los últimos temporales.

Pesetas.

Suma anterior 158,40

Sociedad de E. C. de Beneficencia,

Madrid 25,—

Adolfo Araujo, ídem. 10,—

Luis Román, ídem. 5,—

Familia Sáenz, Tauste 4,—

P. Inglada, Barcelona. 5,—

C. Araujo García, Madrid. 5,—

Suma 212,40

Recomendamos encarecidamente esta suscripción, pues, aunque confiamos que, en los socorros oficiales, no se hará distinción de católicos o protestantes, quedará mucho a la iniciativa particular, especialmente a favor de los más pobres.

La «comuni6n de los santos» implica participar de sus aflicciones y necesidades, tanto como de sus riquezas y consuelos.

ESPAÑA EVANGÉLICA

PERIÓDICO SEMANAL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

BENEFICENCIA, 18. MADRID. 4

APARTADO 4024

Precios de suscripción:

Un año	8 pesetas
Seis meses.	4 "
Extrajero: Un año.	15 "
Seis meses.	8 "
América: Un año.	2 dólares
Seis meses.	1 dólar

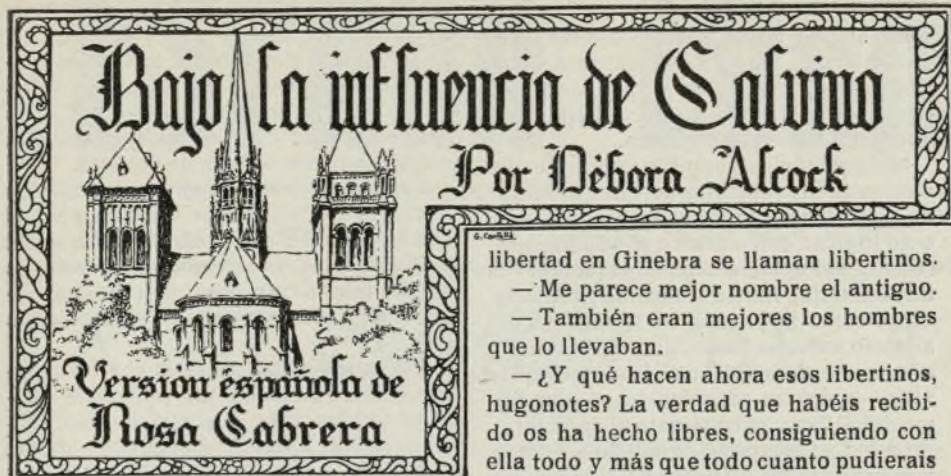
No se admiten suscripciones por menos de seis meses.
Las suscripciones darán principio en 1.º de Enero ó 1.º de Julio.

NÚMERO SUELTO: 15 céntimos.

ADMINISTRADOR:

FERNANDO CABRERA

TELÉFONO 33.590.



(Continuación.)

— Señor Berthelier — continuó De Caulaincourt —, me avergüenza decir ahora lo que hice entonces. Yo, que no había llorado al separarme de mi familia, lloré amargamente.

— Lo comprendo — repuso Ami —. Si yo hubiera podido llorar cuando estaba en la cárcel, no habría perdido la fe en Dios y en los hombres.

— ¡Ah! ¿También vos habéis sufrido? — observó el francés con interés.

— No como vos. Continuad, os lo suplico.

— Sería prolijo referiros nuestras marchas, los peligros que hemos corrido y la manera cómo hemos podido evitarlo, y, en realidad, no me agrada mucho pensar en aquellos días de sufrimientos, que se convirtieron en semanas. Por la misericordia de Dios estamos ya aquí y en salvo, frase que parece extraña en labios de un protestante; pero me alegro de que sea así, por mi hijo.

— Tenéis toda la seguridad que pueden daros las murallas de Ginebra y los corazones y brazos de sus ciudadanos — repuso Berthelier, añadiendo: — pero faltaba que toda Ginebra fuera del mismo modo de pensar.

— ¿Acaso hay disensiones entre vosotros? — preguntó De Caulaincourt sorprendido.

— Si las hay; y yo, con la mala suerte que me ha acompañado siempre, estoy en el lado malo o, mejor dicho, no estoy en ningún lado.

— Habláis en enigmas, caballero.

— ¿Ignoráis que antes de que vuestra nueva fe llegara a nosotros ya habíamos sostenido los ginebrinos una ruda lucha por nuestras antiguas libertades?

— ¿Por qué decís vuestra fe, como si no fuera de vos también? Seguramente no sois católico.

— Soy hugonote.

— En ese caso... un hermano.

— No en el sentido que dais a esa palabra. Para nosotros era hugonote en otro tiempo el que amaba las libertades antiguas y se aliaba con los amigos de Friburgo para sostenerlas. Hoy, por el contrario, los hijos de los campeones de la

libertad en Ginebra se llaman libertinos.

— Me parece mejor nombre el antiguo.

— También eran mejores los hombres que lo llevaban.

— ¿Y qué hacen ahora esos libertinos, hugonotes? La verdad que habéis recibido os ha hecho libres, consiguiendo con ella todo y más que todo cuanto pudierais desear.

— Todo lo que desearon sus padres, quizá; pero creo que ni aun eso. Maese Calvino y el Consistorio oprimen demasiado las conciencias de los hombres, a mí entender al menos.

— Ninguna ligadura que aparte del pecado o del error puede oprimir demasiado a los hombres.

— Eso es según se entienda. Los libertinos, por su parte, están menos conformes con el nuevo estado de cosas de lo que lo estaban sus padres con el antiguo, en lo cual creo que están y no están en lo cierto.

— ¿Cómo puede ser eso? Es imposible caminar al mismo tiempo hacia la derecha y hacia la izquierda, y estar en luz y en obscuridad a la vez.

— ¿Acaso se está alguna vez en lo cierto o en el error entera y completamente? — preguntó Berthelier con un imperceptible movimiento de hombros —. ¿Quién sabe? Es evidente que no nosotros. Estos libertinos nuestros quieren la libertad para vivir como se les antoje.

— Hacen de la libertad el manto del libertinaje — observó De Caulaincourt.

— Sí. Pero ¿qué les importa a los demás hombres lo que yo oculto bajo mi capa? Creo que si Maese Calvino y el Consistorio estuvieran bien aconsejados, dejarían que los hombres siguieran sus impulsos dentro de límites razonables, y evitando el escándalo público, sin pretender que cada uno sea como San Antonio, o como Noé, Daniel, Job, según nos los muestra la Biblia. Pero quieren que todos estén cortados por su propio patrón, patrón que puede ser puro y santo, pero que no sienta bien a todos. Que la Iglesia tenga su jurisdicción y el mundo la suya, digo yo; pero mis parientes dicen: «Perfectamente; a cambio de la irritante vigilancia que nuestros eclesiásticos persisten en tener sobre nosotros, pedimos los privilegios de la Iglesia. Si no os pertenecemos, dejadnos solos; si os pertenecemos, dadnos todo lo que podéis dar.» Y así, siguiendo en sus vicios, insisten en participar de la Santa Cena. El Consejo de los Veinticinco, denominado «El Consejo», que está en parte con Calvino y en parte con ellos, ha tomado una decisión ambigua; pero los ministros (y en esto creo

que hacen bien) protestan contra lo que ellos consideran profanación. Así están las cosas hoy por hoy.

— Veo que Ginebra no es precisamente un Paraíso en la tierra — observó De Caulaincourt.

— Ni lo será nunca — dijo Berthelier, sonriendo con amargura —. Me parece que ya es hora oportuna para que os presentéis en la Casa Consistorial. Con vuestro permiso os acompañaré hasta la puerta; pero no más allá, porque mi compañía os sería perjudicial, no estando, como no estoy, en olor de santidad con sus señorías. Tanto por mí mismo como por mi hermana, estoy pendiente de censura, y me han multado, varias veces porque no asistimos a la iglesia y por otras varias faltas.

CAPÍTULO IV

LOS EMIGRADOS FRANCESES Y LOS LIBERTINOS DE GINEBRA

El Domingo siguiente, día primero de Septiembre, la gran campana «Clemencia» repicaba anunciando el culto que, muy de mañana, iba a celebrarse en la iglesia catedral de San Pedro, y que en aquella ocasión era el oficio divino más solemne y sagrado de la Iglesia cristiana: la administración de la Santa Cena. Por todas las calles que conducían a la catedral fluía gran número de fieles o, al menos, de personas que se encaminaban al templo.

En ese día especial, día que había de recordarse después mucho en Ginebra, aquella multitud ofrecía un aspecto más heterogéneo y animado de lo que el motivo dejaba esperar.

Había muchos ciudadanos severos, con trajes oscuros de paño o sarga, muchos aprendices que llevaban la cabeza descubierta, niños con delantales y criadas con papalinas muy almidonadas, cinturones de plata y zapatos fuertes de cuero.

Pero había otras personas de aspecto muy diverso, pocas relativamente, pero conspicuas a causa de la pompa y riqueza de su atavío, de sus mantos de terciopelo, sus sombreros con plumas y las espadas que pendían de sus respectivos costados.

Algunos iban en compañía de damas, cuyas sedas y encajes eran una provocación a las leyes suntuarias de la ciudad; y, mientras pasaban, muchos ceños se fruncían y muchas voces murmuraban, quizá con las solemnes frases de la Escritura, frases poco halagadoras sobre la condenación que esperaba a aquellos «libertinos incrédulos» en el mundo venidero.

Se oían alusiones al «atavío de los calzados», a las «redecillas» y a «las lunetas» (1), que, si no estaban muy en carácter, servían de alivio a los que las hacían. Y, por otra parte, tales cumplidos se de-

(1) Isaías, III, 18.

volvían con creces, porque los libertinos obsequiaban espléndidamente a los «regenerados», los «mortificados», los «santos», con pullas y burletas, con miradas despreciativas y frases de escarnio.

Un semblante juvenil se fijaba, sin embargo, con interés en aquella gente; un corazón de niño se regocijaba con la gallardía de aquellos atavíos, con la animación y brillantez que prestaba a aquellas tristonas calles.

Seis días hacía que Norberto de Caulaincourt estaba en la ciudad, y ya había llegado a la conclusión de que la suerte había sido injusta con él. Y no era que se arrepentía de haber unido su destino al de su padre, ni que pronunciara delante de él una palabra de queja, que ni el tormento habría de arrancarle, no.

Pero, para empezar la serie de sus pesares, el encuadernador, maese Antonio Calvino, que vivía en la calle de Cornavín, en la casa inmediata a la de los Berthelier, les había franqueado su hogar ofreciéndoles asilo y manutención en el nombre de Dios; y aunque el encuadernador mostraba con tal acción su bondad, por más que el muchacho la consideraba como acción meritoria, por la cual esperaba recompensa en el otro mundo, era duro y degradante que él, Norberto de Caulaincourt, y su padre, un noble francés, un príncipe entre aquellos burgueses, aquella *canalla*, hubieran de sentarse a la mesa con el artesano, su mujer y sus hijos, el mayor de los cuales trabajaba también en el mísero oficio de su padre.

(Continuará).

~~~~~

## Esfuerzo Cristiano

### Cómo formar el carácter.

Dom., 3 de Julio. Prov., 22, 1; 8, 1, 11.  
1.ª Cor., 15, 33.

#### Lecturas diarias.

Lunes . . . Un buen carácter . . . Hech., 11, 22-26.  
Martes . . . Reputación y carácter. Ecl., 7, 1.  
Miércoles. Educación en la niñez. Prov., 22, 6.  
Jueves . . . Formado por el poder divino . . . 2.ª Cor., 3, 18-31.  
Viernes . . . Las compañías influyentes . . . Ef., 5, 6-11.  
Sábado . . . Jesús nos moldea . . . Fil., 3, 7-16.

#### Sugestiones.

La vida no tiene ningún significado, a no ser que la consideremos como una escuela del carácter. Está de tal modo constituida, que el carácter, sea malo o bueno, debe ser el resultado de la experiencia.

La actitud que mostramos hacia el trabajo cotidiano influye poderosamente en el carácter. Si continuamente lo efectuamos con disgusto, nos debilitamos; si, por el contrario, «bendecimos» nuestro trabajo y lo llevamos a cabo con un espíritu alegre, nos fortalecemos.

La lectura nos ayuda a formar el carácter, porque ella nos da ideales.

#### Ilustraciones.

El carácter no se forma como las rosas en un jardín, sino en las luchas y experiencias de la vida. Los golpes fuertes, la oposición y las empresas difíciles nos ayudan a hacernos hombres.

Multitud de paquetes y cartas se devuelven a las centrales de Correos, debido a que las direcciones se han borrado, o no indican con claridad el nombre y dirección del destinatario. El carácter es la dirección que indica el destino de la vida.

Así como la presión de las manos del alfarero sobre el barro blando dan forma a la vasija, de igual modo la presión de la vida — nuestras experiencias — dan forma definitiva y permanente al carácter.

La luz se compone de muchos colores, y el carácter, de distintas cualidades: voluntad, amor, pureza, etc. Todas ellas deben reflejarse en un solo haz de luz blanca: un carácter bueno.

#### Temas para pensar.

¿Qué influencia tiene el maestro en el carácter? ¿Qué costumbres sociales contribuyen a degradar el carácter?

#### Pensamientos.

Cada uno es hijo de sus propias obras. Cervantes.

No enmudezcas como ganado que es guiado; sé un héroe en la lucha. — Longfellow.

Al ponerte frente a una cámara fotográfica se retrata tu cara, pero cuando te pones delante de Cristo, se retrata tu carácter. — A. R. Henderson.

### Sociedades infantiles.

#### Dios, oyendo a los niños.

Dom., 3 Julio.

Gen., 21, 8-20.

Es un pensamiento que debiera animar mucho a los niños el considerar que Dios les oye. En el Antiguo Testamento hallamos muchas ocasiones, en las que Dios muestra su predilección por los niños, y en los Evangelios encontramos que con Cristo ocurre lo mismo. Podéis, pues, acudir confiados a la oración, sabiendo que os escuchará complacido.

¿Qué nos refiere el pasaje de nuestra lección? ¿Qué enseñanzas encierra? ¿Por qué oye Dios a los niños? ¿Qué pruebas del amor de Dios tienen los niños?

~~~~~

Escuela Dominical

Saúl, elegido rey.

3 de Julio.

1.ª Sam., 9-11.

TEXTO AUREO: *Él te ha declarado que sea lo bueno, y que pida de ti Jehová; solamente hacer juicio, y amar misericordia, y humillarte para andar con tu Dios.* — Miq., 6, 8.

Cis, el padre de Saúl, era un «hombre valeroso», es decir, uno de aquellos hombres fuertes, honrados y fieles, dignos representantes de su pueblo, y defensores, cuando era necesario, de la religión y de la patria. Habiéndose perdido unas asnas, Cis mandó a su hijo que fuera con un criado de la casa a buscarlas. Buscando las asnas encontró una corona. Dios no llama a personas ociosas, sino a

los que son fieles en el cumplimiento de sus deberes.

Otro rasgo que honra a Saúl es la solitud que manifiesta por su padre, cuando a los tres días decide volver a su casa, no fuera que el padre estuviera acongojado por la falta de noticias.

Hallándose precisamente a la vista de Rama, la ciudad donde vivía Samuel, el criado propuso que consultaran a aquel varón de Dios, y convinieron en darle, ya que no tenían otra cosa, una moneda de plata algo más pequeña que nuestra peseta.

Acababan de entrar en la ciudad cuando vieron a Samuel, que salía para dirigirse al alto. A la pregunta de Saúl, Samuel se dio a conocer como *el vidente*, y le invitó a la fiesta. Dios había revelado el día anterior a su siervo lo que iba a suceder, y ya Samuel había encargado que se reservara una porción escogida del sacrificio al esperado huésped. Y ahora, al tenerlo delante y contemplar su arrogante figura, la misma voz divina le dijo que aquél era el varón llamado a señorear al pueblo de Israel.

Desde aquel momento, todas las palabras y actos de Samuel iban encaminados a preparar a Saúl para el gran secreto que le iba a comunicar.

Saúl durmió aquella noche en el terrado de la casa de Samuel, aunque gran parte de la noche la pasaron ambos conversando, sobre todo lo que estaba en el corazón de Saúl, los pensamientos que en él se habían levantado por los sucesos de aquel día.

El anciano profeta procuraría infundir en el varonil joven sus aspiraciones y sus deseos en cuanto al pueblo de Dios.

Al apuntar el alba, Samuel llamó a Saúl. Él mismo lo acompañó a través de la ciudad, y diciéndole que mandara al criado que se adelantara, detuvo un momento a Saúl para comunicarle el mensaje divino. Entonces, sacando de entre los pliegues de su manto una ampolla de aceite, la derramó sobre la cabeza de Saúl, ungíéndole por rey de Israel.

Las señales que Samuel le dio eran para Saúl una indicación del carácter de su misión. Su realeza venía de Dios, había de ser ejercida bajo la soberanía de Dios y con el auxilio de Dios. Dios le mudó el corazón, de modo que ya no tenía el corazón de un labrador, preocupado solamente de sus cosechas y ganados, sino el corazón de un caudillo, abierto a los sufrimientos del pueblo y dispuesto a trabajar por su bienestar. Desgraciadamente, esta mudanza del corazón no fué tan honda como lo es un nuevo nacimiento. Si su conversión hubiera sido completa, Saúl hubiera llegado a ser uno de los hombres más grandes del Antiguo Testamento.

ALGUNOS de los puntos de Madrid donde se vende ESPAÑA EVANGÉLICA:

Antón Martín, Estación del Metro; San Bernardo (Ministerio de Gracia y Justicia, Noviciado y esquina travesía de Pozas); Fuencarral (Tribunal de Cuentas); Alcalá, frente al edificio del Fénix.